

## Política y Caridad

Estamos en un momento en que la actividad política, en el sentido amplio pero orientado a conquistar el poder político o a retenerlo, está en auge sostenido. Aunque hay mayorías que poco o casi nada se interesan por esta política, de acuerdo a encuestas recientes —una de Flacso consideraba a la ciudad de Antofagasta—, no es menos cierto que hay grupos dinámicos y bien organizados que trabajan cada vez más en este ámbito político. Las mayorías indiferentes o ajenas no se hacen oír y, por lo tanto, el espacio es para quienes actúan y se expresan.

El país irá entrando, poco a poco, en los dos canales que ya se están enfrentando: oposición y gobierno, con todas sus variables; es decir, los que disienten y/o resisten al gobierno y los partidarios de éste.

Es lícito aspirar a conquistar el poder político de la nación. También es lícito que un gobierno desee retener ese poder. Así es nuestra historia, y es lo que sacude en todo el mundo. Para recordar algo de los últimos cincuenta años, Arturo Alessandri en 1938 tenía un candidato de su línea, Gustavo Ross. Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos no los tuvieron, porque fallecieron durante el mandato; pero sus gobiernos cuidaron mantenerse en el poder. Gabriel González Videla tuvo su candidato, Pedro Enrique Alfonso. Eduardo Frei, a Radomiro Tomic. Quienes no tuvieron ese candidato-delfín fueron Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri. También es verdad que esos candidatos-delfines no triunfaron. El país, cada cierto tiempo, se situaba políticamente casi en las antípodas del presidente que concluía, aunque siempre fue por un margen estrecho de votos. Así fueron elegidos Pedro Aguirre Cerda, Jorge Alessandri y Salvador Allende. La excepción la constituyó Carlos Ibáñez, en 1952, con universal sorpresa. Esta evocación es para refrescar elementos que pudieran yacer olvidados.

También los acontecimientos pa-

sados nos recuerdan que las campañas electorales —y se va acercando la que prepara 1989— se caracterizaban por una fuerte virulencia personal contra el candidato que se quería excluir. Más que promover al propio candidato a presidente, la campaña electoral buscaba descalificar al adversario, sin ahorrar vituperios que tocaban a su misma persona, y sin fijarse mayormente en su programa. A medida que se acercaba la fecha de la elección, arremetía esa campaña difamatoria y de insultos personales. En cuanto a los programas políticos, todos se veían en blanco y negro: o todo bueno o todo malo. Además parecía que Chile iba a nacer de nuevo con el mesías que iba a rescatarlo de todos los males anteriores. Los que estaban en el poder se defendían, a su vez, haciendo ver que el bando contrario, la oposición, llevaría al país al caos y a la ruina.

Esto ya está sucediendo entre nosotros, en mayor o menor medida, con más intensidad o menos; pero, se irá entrando fatalmente en esa atmósfera, sin poder sustraerse a ella.

El cristiano toma una posición en esta confrontación. Siempre ha habido cristianos en todos los bandos, y también ahora los hay. No es una confrontación de la fe, sino política y cada posición admite verdades y razones, como también fallas y equivocaciones, según es toda instancia humana.

La posición del cristiano debe notarse por la caridad en medio de esta diversidad, de esta oposición de programas o personas, de sistemas o ideales políticos. Esto es lo que nos debe mover muy seriamente a llevar adelante que la caridad anime a la política.

Caridad para tratar al adversario. Caridad y respeto hacia las personas. Caridad en decir la verdad, sin ocultarla ni parcelarla. Caridad, porque hay que hacer siempre posible el mandamiento "Ama a tu prójimo como a ti mismo", y que los discípulos del Señor se conocen "porque se aman unos a otros". Caridad

para evitar muchas cosas: insultos, sátiras, descalificaciones, herir la fama ajena, uso de la violencia verbal y/o de hechos. Aquí la caridad va confundiendo con la justicia.

Este es el esfuerzo que hay que hacer muy sinceramente. El Evangelio debe ser vigente por nosotros y ahora; no dejarlo como encargo a otros, o después. Eso sería claudicar del mismo Evangelio.

La caridad vivida en esta dimensión podría permitir que los adversarios se encontraran y se oyeran con respeto en sus planteamientos, y discutirlos, y ser capaces de comprender la parte buena que tiene el otro, y de esta manera también pudiera acogerse la parte buena que uno mismo proponga.

Ejercer esta caridad es para todo cristiano. Estamos exigidos de vivir en caridad, aún en medio de las mayores y difíciles tensiones que pueden oponer entre sí a los hombres. Jesucristo Nuestro Señor nos ama a todos, y por todos murió para salvarnos. Para El no hay excluidos. El ama a mi adversario. Yo tengo que hacer lo mismo.

A veces no es muy fácil. A veces resulta muy difícil, pero eso ya lo tuvo en cuenta el Señor: "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos del Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen esos mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt. 5, 44-48). Un buen eco de estas palabras tiene San Pablo en su Carta a los Romanos 12, 3-21.

La caridad será la que haga valer lo noble de toda actividad política. La ausencia de caridad, o excluirla, a la política la envilece y deteriora. El gran aporte de los católicos hoy día en la política es hacer presente a la caridad.